





dos bajo cinco epígrafes, son una muestra de las diversas perspectivas teóricas, metodológicas y estilísticas desde las que se ha venido afrontando la investigación etnográfica en antropología política desde la mitad del siglo pasado hasta hoy.

El punto de referencia de la antropología política ha sido, principalmente, esa tensión conceptual entre las categorizaciones nativas que se estudian y el pensamiento occidental que considera lo político como algo siempre muy específico y separado, como una esfera aparentemente autónoma del resto de las instituciones sociales. Las críticas acerca del objeto, de la representación y de la metodología de trabajo de los propios antropólogos durante la época colonial y en la etapa de la *doctrina del desarrollo* del modelo neoliberal, han abierto el camino a nuevas perspectivas de comprensión multisituadas que ofrecen una mejor articulación y traducción de las miradas, siempre parciales y coexistentes, que desafían la homogeneidad y la hegemonía de cualquiera de ellas en particular. A esto se refiere Isabelle Stengers cuando habla de *cosmopolíticas*, una perspectiva desde la que las diferencias nunca llegan a ser normalizadas o pacificadas, sino que es la relación entre ellas lo más importante y característico de una metodología, la antropológica, que ha ido dotándose paulatinamente de una mayor interdisciplinariedad y recursos conceptuales.

El libro se articula a partir de varios ejes, uno *histórico* que nos lleva desde el colonialismo hasta la globalización. Un eje *teórico* nos lleva desde las perspectivas estructural-funcionalistas hasta el *multinaturalismo*. Otro eje *temático* nos lleva desde los estudios de organización social y del parentesco, las instituciones y rituales, los procesos, conflictos y situaciones sociales, hasta las homologías, agencias y ontologías del postestructuralismo y el énfasis en la etnografía como texto de los autores postmodernos. Por último, un eje *geográfico* que abarca todos los continentes: desde África y Asia, pasando por Europa y América, hasta Oceanía. Dichos ejes dan cuenta de cómo lo político se muestra inserto de forma indiferenciada dentro de prácticas e instituciones rituales, religiosas, económicas y de parentesco. Esto demanda un análisis, separación y puesta en relación constante desde una postura crítica y autorreflexiva, tanto teórica como empírica, mediante el relativismo metodológico característico de la antropología.

Ya desde los años cuarenta del siglo XX, en plena etapa colonial, con el predominio de los antropólogos estructural-funcionalistas y estructuralistas, se hace patente el referente de las taxonomías occidentales en el estudio de las sociedades africanas y asiáticas. El *primer bloque* de lectu-

ras se ocupa de distintas gramáticas y lógicas de lo político que difieren del modelo estatal e individualista occidental con el que se contrastan. A veces el trabajo etnográfico se materializa en análisis sincrónicos y empíricos, como hace E.E. Evans-Pritchard, o bien en métodos más basados en materiales ajenos, bibliográficos e históricos, como Louis Dumont, e incluso bajo una metodología simbolista y postestructuralista, como Roy Wagner, pero siendo todos ellos muy concretos y fructíferos.

El segundo bloque de lecturas nos introduce en el replanteamiento de la antropología británica, desde el estructural-funcionalismo hasta las corrientes teóricas que prestan una mayor atención por los procesos, los símbolos, el ritual, el liderazgo y el conflicto en las sociedades coloniales. Este enfoque da pie a los trabajos de Edmund Leach sobre las instituciones de los kachin en Birmania, de Max Gluckman sobre la situación social o *caso extendido* entre zulúes y blancos en “*The bridge*”, a la importancia del drama ritual como catalizador de las relaciones sociales *ndembu* según Victor Turner, y al estudio de las coordenadas del elitismo como potente estrategia de legitimación del grupo dominante por parte de Abner Cohen.

En el tercer bloque asistimos a la llegada de la inspiración marxista a la antropología, que va a influir en las nuevas perspectivas del sistema-mundo y de la economía política. Un ejemplo es el texto de Sidney Mintz, que da fe del estudio de los procesos de dominación, hegemonía y resistencia que llevan a cabo los antropólogos. También aparece una nueva y personal perspectiva metodológica en la que se tienen en cuenta el estilo narrativo y la experiencia vital del etnógrafo, como en los textos de Michael Taussig sobre la violencia en Colombia o de Katherine Verdery sobre las dudas y sorpresas que experimenta en su trabajo en la Rumanía socialista. Anna Tsing realiza un agudo balance comprensivo, construyendo su objeto de investigación sobre un mismo fenómeno que ocurre en las selvas de Kalimantán en Borneo, pero interpretado de forma variopinta por diferentes actores. Todo esto desemboca en una colaboración inopinada, que emerge de cierta *fricción* entre todos los agentes implicados.

La importancia de la agencia compartida de lo *no humano* en los procesos políticos, toma cuerpo en los textos de Timothy Mitchell, Hugh Raffles y Bruno Latour, que enmarcan el cuarto bloque de lecturas. Mitchell revela lo decisivo que puede ser un mosquito como agente social en un país como Egipto. Raffles nos muestra algo tan sugerente como una corriente de agua articulando la cotidianeidad, la historia y lo político en una comunidad, con una brutalmente evocativa descripción de un

paraje de la Amazonía. Latour desvela la naturaleza de las instituciones científicas y jurídicas de Francia como ámbitos de *regímenes de verdad* foucaultianos, a modo de *actores en red* políticos que omiten la discusión pública de ciertos aspectos y discursos *naturalizados*.

Las ontologías múltiples y los modos de coexistencia de lo político toman el testigo en el *quinto bloque*. En él se confrontan la visión occidental de la jurisprudencia, que asocia uniformemente el ente político con lo humano, objetivo y racional, frente a las variadas conceptualizaciones del trabajo, los recursos naturales y el derecho consuetudinario indígena, que rehúyen esos determinismos. Tanto Descola, como Viveiros de Castro y Povinelli nos hablan de las *ontologías plurales* que sortean a los etnocentrismos. Aquí se ponen en contraste las distintas lógicas de atribución de agencia política en objetos, espíritus, grupos de individuos, plantas o animales de las representaciones nativas, frente a las dicotomías, simplificaciones o exclusiones operativas del derecho político de raíz occidental.

En todas las lecturas nos acompañan unas valiosas notas al pie de la editora, que en cada texto nos da pistas que sirven de apoyo explicativo a las dudas que pueden surgir sobre los detalles abordados en cada artículo. Estas notas contextualizan los comentarios, poniendo en antecedentes al lector sobre acontecimientos que refieren al texto, o apelando a la posibilidad de otras lecturas con las que se alcance una más completa comprensión. La cuidada selección de los artículos nos acerca a los variados modos de aprehender lo significativo de la convivencia de las personas, y nos conducen a las distintas formas que tienen los antropólogos de hacerse preguntas y de construir sus objetos de investigación, captando lo relevante de las prácticas humanas cotidianas. En todo momento es necesaria la combinación entre el *extrañamiento* de lo familiar y el *acercamiento* a lo aparentemente extraño, algo que tradicionalmente ha caracterizado a la antropología desde los tiempos del estructural-funcionalismo hasta nuestros días.

El problema del *canon* etnográfico siempre ha sido motivo de debate dentro de la antropología. Las perspectivas y los intereses de los autores son muy variados, pero esto es algo que enriquece sobremanera el método etnográfico haciéndolo más productivo e interdisciplinar. La utilidad de los textos etnográficos se potencia claramente por el valor compositivo del objeto de investigación tanto como por el tratamiento del problema abordado. Mientras Sidney Mintz nos hablaba del *dulzor* como elemento catalizador del poder transformador del capitalismo, tal vez sea cada vez más necesario que captemos ese otro *dulzor* evocador que nos provoca la

escritura etnográfica, como cierto poder transformador que se traduzca en *alimento* del conocimiento y que alivie las necesidades sociales.

Así, la atenta y progresiva lectura reflexiva de textos etnográficos, es la forma más práctica de poner al interesado tras la pista del conocimiento de lo político en todas las sociedades, y un modo infalible para eliciar el compromiso y la voluntad de trabajo de los investigadores. En este aspecto, como nos dice Francisco Ferrández, la etnografía se revela como un *arma cargada de futuro* por su poder de análisis fructífero y de innegable proyección. De esta forma, *Cosmopolíticas* se nos muestra como una herramienta muy poderosa. Nos ofrece una panorámica generosa y útil para conocer cómo se ha enfocado la mirada sobre los *otros*, pero también para *pensarnos* mejor nosotros mismos y afrontar el futuro de la investigación antropológica en la práctica reflexiva y crítica.